

JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES
Domingo del Buen Pastor
7, mayo, 2006

La Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones que celebramos este año el 7 de mayo, es un momento privilegiado para la escucha de la voz de Dios y oportunidad única para la reflexión sobre la vocación cristiana. Este año el lema propuesto es el siguiente: **“La vocación en el misterio de la Iglesia”**.

La Iglesia, ciertamente, es misterio de convocación y llamada. Misterio, nos enseña S. Pablo, como plan eterno de Dios, designio salvífico trazado desde todos los siglos, deseo divino de compartir con los hombres su propia vida de Comunión y Amor.

Según este Misterio de Amor, en la Iglesia, cada cristiano recibe con el bautismo el nombre nuevo de hijo de Dios, hermano de Jesucristo, ungido por el Espíritu. El nombre en el pueblo judío implicaba una misión. Era un don y una tarea. Marcaba un horizonte de futuro. También para nosotros, ser llamado cristiano, hijo de Dios, conlleva un proyecto de vida, un camino de realización personal, en el seguimiento de Jesucristo, en la configuración con Él.

Quizá hoy en día, los cristianos, movidos por la inercia, hemos olvidado la frescura y la novedad de este misterio, del nombre nuevo: hijos de Dios en Jesús. En cambio, los primeros cristianos exultaban de gozo al conocer la buena noticia del Evangelio. Jesucristo con sus palabras, con sus gestos, con su vida toda, nos reveló a un Dios amigo del hombre, Padre bueno que desea abrazar a sus hijos perdidos. No un Dios como los dioses paganos, envidiosos del poder humano, temerosos de que les fuera arrebatado el fuego divino, recelosos del hombre. No, Jesucristo nos muestra a un Dios que ofrece su vida divina como don de plenitud para los hombres, que no la guarda celosamente sino que la entrega, la derrocha, la da sin medida por puro amor.

Esta novedad radical de gracia abre un horizonte de esperanza en medio de nuestro mundo, en el que todos tendríamos que reconocernos hermanos, hijos de Dios, hijos en el Hijo Jesús. Así sería posible la fraternidad, la concordia, el amor mutuo entre todos los hombres, el cese de la violencia, la guerra, la lucha, el dominio de unos sobre otros. Así, sería posible la Civilización del Amor, que tantas veces nos recordó Juan Pablo II con insistencia, como signo de auténtica vida cristiana.

Esta promesa de filiación se encarna en la vida de cada cristiano en un estado concreto. Todos estamos llamados a la santidad, como recuerda el Concilio Vaticano II (LG, 40), pero no todos en el mismo estado de vida. Por eso, en el marco de esta llamada universal en Cristo, algunas personas se sienten llamadas a un servicio específico dentro de la Iglesia.

Sacerdocio y vida consagrada

El sacerdote, en su ser y obrar, es signo en la Iglesia del Cristo Pastor que cuida y vela del rebaño del Señor. Él también hace presente a Jesucristo

en medio del mundo con la celebración de los misterios sagrados y la predicación de la Palabra. Es, por tanto, crucial la relación entre el sacerdote y Jesucristo Como servidor suyo debe encarnar sus actitudes, sus sentimientos, hacer de su vida una entrega total a los hermanos como el mismo Jesús hizo en su vida. La ofrenda cotidiana que él mismo realiza en la Eucaristía es signo de la ofrenda total de su existencia por amor al Padre y a todos los hombres. En las manos del sacerdote, recuerda Benedicto XVI , “se renueva este milagro de amor (el de la última Cena de Jesús), del que él está llamado a ser testigo y anunciador cada vez más fiel”.

Este programa de vida ha de orientar el sentido radical de una existencia. De ahí que, en medio de la evidente escasez vocacional, haya jóvenes de nuestro tiempo que escuchan y siguen la llamada de Dios al sacerdocio, en la confianza de que Dios no nos quita nada sino que, en la ofrenda de sí por un Amor más grande, nos regala la verdadera alegría.

Entre los diversos modos de caminar hacia la santidad, algunos hombres y mujeres sienten la llamada a una consagración total a Dios en la **Vida Religiosa**. Fascinados por la belleza de Jesucristo, entregan toda su vida a la contemplación de su Rostro y a la escucha de su Palabra. Son, en este sentido, signo del valor inestimable de lo Absoluto en medio de un mundo aparentemente cambiante y relativo. Ellos desean hacer de su existencia un constante reconocimiento de este rostro resucitado de Jesús, presente en cada hombre, en cada hermano. De ahí que la caridad mueva su vida a favor de los enfermos, los ancianos, los pobres necesitados. En todos ellos Jesús está presente y vivo. Son presencia actual de Jesús, ya que abrazan su vida virgen pobre y obediente, la que Él tomó en su existencia histórica y que hoy prolonga en cada consagrado.

Tenemos, por tanto, que orar insistentemente por las vocaciones dentro de la Iglesia. Dios sigue llamando, somos nosotros los que hemos de abrirnos a la escucha. Como Samuel que respondió a la llamada con generosa docilidad. Aunque también tengamos que orientar, como Elí, los deseos y voces del corazón de nuestros jóvenes, en la familia, en las parroquias y en los colegios. Con la ayuda de nuestra oración, nuestra fidelidad, y nuestra cercanía, los jóvenes entenderán que merece la pena seguir a Jesucristo y hacer de su existencia un don de amor a todos.

Celebramos también en España en esta fecha la **Jornada de la Obra Pontificia de San Pedro Apóstol**, que se ocupa y se preocupa de las vocaciones nativas. Cuantos más hombres y mujeres respondan a la invitación de Dios, se consagren a Él y se dediquen a predicar su Evangelio, habrá más posibilidades en la brecha abierta y en los lugares y consolidación y arraigo. Y “las Iglesias en formación” de los países de misión crecerán, madurarán y se consolidarán más y mejor. Ofrecemos, por tanto, también nuestra oración y ayuda en su favor. Con alegría y con gozo, que toda vocación nace de la Pascua.

Ayúdenos Santa María Madre de Dios y Madre nuestra, en este mes de mayo y siempre, a acompañar a los adolescentes y jóvenes como Ella lo hizo con Jesús Niño. Y que nos muestre a la vez el camino de la oración y la escucha para descubrir la voz de Dios y secundar su invitación.

Sinceramente y con gratitud,

+ Rafael Palmero Ramos